

D'Alembert: el nuevo intelectual entre «biopolítica» y «capitalismo de imprenta»

GONÇAL MAYOS
Universitat de Barcelona

Nuevo tipo de intelectual

Faites naître, s'il est possible des géomètres parmi ces peuples [où l'Inquisition existe encore], c'est une semence qui produira des philosophes avec le temps, et presque sans qu'on aperçoive [...] Bientôt l'étude de la Géométrie conduira à celle de la Mécanique; celle-ci mènera comme d'elle-même et sans obstacle, à l'étude de la saine Physique et enfin la saine Physique à la vraie Philosophie, qui par la lumière générale et prompte qu'elle répandra, sera bientôt plus puissante que tous les efforts de la superstition car ces efforts, quelque grands qu'ils soient, deviennent inutiles dès qu'une fois la nation est éclairée¹.

Es fácil que quien se dedica a la vez a ámbitos distantes entre sí, suela ser menos valorado tanto en unos como en otros. Esto se debe a la dispersión resultante de su misma ambición, pero también a que las múltiples facetas fácilmente se oscurecen y contradicen entre sí. Por ello Jean le Rond d'Alembert (1717-1783) ha sido tradicionalmente considerado demasiado filósofo por los científicos y demasiado científico por los filósofos.

Intentaremos aquí evitar considerarlo demasiado académico y fiel a la institucionalización estatal, a la vez que demasiado librepensador y defensor de la «república de las letras». Al contrario, procuraremos mostrar que las contradicciones que marcan al hombre e intelectual d'Alembert –un *savant* que es *philosophe*²– lo convierten a la vez en: clave para su tiempo, un avanzado

¹ D'Alembert, art. GÉOMÈTRE. He usado la edición en CD-Rom *L'Encyclopédie de Diderot et d'Alembert*, 4 CDs, Marsanne, Redon, pero cito por la edición anastática y compacta *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres...* Elmsford, Nueva York, Pergamon Press, 1969, t. VII, pp. 628b-629a.

² Según el muy acertado título de las actas del famoso congreso de 1983: M. Emery & P. Monzani (eds), *Jean d'Alembert, savant et philosophe: Portrait à plusieurs voix. Actes*

para el futuro y la culminación ilustrada de un intelectual unitario que la escisión de ciencias y humanidades convertirán en cada vez más difícil.

Como veremos, d'Alembert es un nuevo tipo de intelectual que participa y anima las primeras biopolíticas estatales y, a la vez, utiliza el capitalismo de imprenta y los emergentes medios de comunicación de masas para dirigirse a la república de las letras y a la creciente opinión pública. Y, sin ser seguramente el más arrollador genio creativo de su tiempo en ninguno de sus ámbitos de interés, sin embargo consiguió ejemplificar mejor que nadie y popularmente el ideal ilustrado de intelectual.

Más allá de los mitos sobre su persona, sobre la *Encyclopédie* y sobre la Ilustración en general, intentaremos ajustar al máximo la compleja figura intelectual de d'Alembert. Por ello, consideramos que la dirección y defensa de la *Encyclopédie* que lleva a cabo d'Alembert es muy coherente con su trayectoria en las academias reales del antiguo régimen. Su batalla en contra del falso mecenazgo de los «grandes», que esclaviza la libertad de unos intelectuales que deben ser valorados por su talento personal, es el coherente reverso de su esfuerzo para integrar a sus amigos «enciclopedistas» en las academias reales y para pedir al Estado absolutista reformas en la dirección del «despotismo ilustrado» y lo que hoy llamamos «biopolíticas».

Mostraremos la coherencia de la figura intelectual de d'Alembert que subyace bajo sus tensiones internas y las contradicciones que marcan su época. Su grandeza estriba en su personal reconciliación, pero también es el origen de cierta incomprensión. A pesar de que en muchos sentidos la *Encyclopédie* choca con su trayectoria de *savant* (es decir: académico, protocientífico profesional y «casifuncionario» de la monarquía), d'Alembert devendrá *philosophe* y se comprometerá radicalmente con el proyecto ideológico-cultural del enciclopedismo. Pese a las profundas tensiones entre ambos aspectos, d'Alembert deviene un comprometido miembro de la «república de las letras» que defiende la *Encyclopédie* como la causa misma de la Ilustración, de la libertad, del progreso social, cultural y político de la humanidad; pero también del tipo de política cultural y del modelo de «gobernanza» que –a juicio de d'Alembert– un Estado moderno debe llevar a cabo.

D'Alembert es el miembro internacionalmente más activo e influyente de las academias reales de su tiempo, ayuda a penetrar en ellas a sus ilustrados amigos «filósofos» y colabora en la creciente profesionalización de la ciencia y de los científicos. Pero también es clave para el proyecto de «capitalismo de imprenta» más importante de su tiempo, para el que pide –en medio de la incomprensión de amigos y adversarios– el apoyo y complicidad estatales, y al que defiende como la causa de la dignidad de los intelectuales cuya tarea –afirma– es crítica y no la adulación del poder o de la opresiva superstición religiosa.

du Colloque du Centre International de Synthèse – Fondation pour la science, Paris, 15-18 juin 1983, Paris, Éditions des Archives Contemporaines, 1989.

Y es que sintetizando: d'Alembert encarna el intelectual cuya acción compagina los más potentes ámbitos que su tiempo está creando. Por una parte, una ciencia profesionalizada; estatalmente financiada; con una clara jerarquización de las instituciones «nacionales» y estrechamente vinculada internacionalmente; con sus academias, institutos y centros de investigación, sus revistas especializadas, etc. Por otra parte, el intelectual publicista, heredero del *free-thinker*, capaz de proyectarse a través de los nuevos medios de opinión pública y del mercado cultural, de una industria editorial cada vez más potente, de periódicos generalistas, gacetas literarias, salones o círculos filosóficos... y todos los antecedentes de los actuales medios de comunicación³.

Pero vayamos por partes. Primero mostraremos la faceta de científico profesional de d'Alembert, luego de académico e institucionalizador de los enciclopedistas, más tarde de filósofo publicista y, finalmente, vincularemos su defensa de la *Encyclopédie* con su moderado reformismo biopolítico.

Savant y científico profesional

Quand je dis les Savans, je n'entends pas par-là ceux qu'on appelle Érudits; c'est une nation jusqu'ici assez peu connue, peu nombreuse, peu commerçante, & qui certainement n'en est pas plus blâmable⁴.

Como hemos apuntado, ya en la segunda parte del XVIII se comienza a notar la creciente escisión de las «dos culturas» científica y humanística (en expresión que usará de C. P. Snow)⁵. Ello puede ya detectarse en la ambivalencia con que se define *savant* en la *Encyclopédie*, aunque parece predominar la imagen tradicional del intelectual integral. D'Alembert, que elogia la «noble carrière de sciences»⁶, distingue entre *homme de lettres* y *savant*. Así, en el *Essai sur la société des gens de lettres et les grands* especifica: «Quand je dis les Savans, je n'entends pas par-là ceux qu'on appelle Érudits»⁷, pero en la página anterior había hablado «des Gens de

³ Para una presentación general y divulgativa de la vida, obra y contexto social de d'Alembert remitimos a *D'Alembert. Vida, obra y pensamiento*, G. Mayos, J. M. Sánchez Ron, T. Montesinos y J. Neubauer, Barcelona, Planeta DeAgostini, 2008.

⁴ D'Alembert, *Essai sur la société des gens de lettres et les grands*, cito por el volumen I, p. 354 de d'Alembert *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, 5 vols., Ámsterdam, Zacharier Chatelain & fils, 1767.

⁵ V. Ferrone («El hombre científico», en AA.VV., *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1995, p. 221) considera que en la segunda mitad del XVIII era generalizada la distinción entre hombre de ciencia y «el filósofo, del teólogo y, sobre todo, del literato». Sobre la figura y denominación «savant» véase por ejemplo Guy Barthélemy, *Les savants sous la Révolution*, Le Mans, Éditions Cénomane, 1988.

⁶ *Essai sur la société des gens de lettres et les grands*, op. cit., vol. I, p. 354.

⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 354.

Lettres que s'occupent des Sciences exactes»⁸. Por el contrario, en GENS DE LETTRES, Voltaire incluye a los científicos, pues define y elogia *gens de lettres* como prototipo del hombre culto en general y los asimila a *hommes instruits*:

on n'exige pas qu'un homme de lettres approfondisse toutes ces matieres; la science universelle n'est plus à la portée de l'homme: mais les véritables gens de lettres se mettent en état de porter leurs pas dans ces différens terrains, s'ils ne peuvent les cultiver tous. [...] C'est un des grands avantages de notre siecle, que ce nombre d'hommes instruits qui passent des épines des Mathématiques aux fleurs de la Poésie, & qui jugent également bien d'un livre de Métaphysique & d'une piece de théâtre.

A pesar de esa ambigüedad terminológica, en su desarrollo intelectual d'Alembert es de los primeros en prefigurar el científico profesional⁹ que está naciendo a finales del antiguo régimen, cuando «alcanzaron la madurez procesos de larga duración, como la fase de identificación definitiva de un nuevo saber, su legitimación y su consolidación institucional necesaria para crear el fundamento de una auténtica profesión»¹⁰ científica. Con ello, el desarrollo científico deja de depender de geniales individualidades que trabajan autónomamente y relativamente aisladas, y cada vez más se lleva a cabo en grupo, financiado y organizado por grandes instituciones estatales¹¹ pensadas para ello.

⁸ *Ibid.*, vol. I, p. 353.

⁹ Si bien «Trabajar como científico no es todavía, por ejemplo, una auténtica profesión capaz de definir una clase ocupacional» (V. Ferrone, «El hombre científico», cit., p. 221), d'Alembert es ya un profesional de la ciencia, integrado en las más importantes academias científicas de la época y recibiendo muy pronto una renta de la monarquía francesa. Además, aunque d'Alembert rechazó suculentas y reiteradas ofertas de Federico II de Prusia y de Catalina de Rusia, desde sus cargos académicos favoreció (por ejemplo con su discípulo Lagrange) el emergente fenómeno de movilidad internacional de expertos determinada ya por la seguridad contractual de la remuneración, las condiciones de trabajo y el impacto del sitio ocupado, más que por la arcaica y voluble relación de mecenazgo personal (que d'Alembert siempre denuncia).

¹⁰ V. Ferrone, «El hombre científico», cit., p. 199.

¹¹ A pesar de que algunas academias fueron creadas durante el XVII, sólo al final del XVIII adquieren plena madurez y «dominan» la investigación científica hasta tal punto que ésta ya no puede concebirse fuera o aislada de ellas. La Academia de ciencias de París (que publicaba el *Journal des savants* y les *Descriptions des arts et des métiers*) ocupaba «En total, más de 300 personas que daban vida a lo que podríamos calificar de primera 'empresa científica' moderna» (V. Ferrone «El hombre científico», cit., p. 203). Peter Burke (en *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 62) recuerda que también fueron fundaciones monárquicas: el observatorio de Tycho Brahe en la isla de Hveen (1576), el Jardín real de París (1640) y los observatorios de París (1667) y de Greenwich (1676).

Si bien todavía se tendrá que esperar para que madure la relación de la ciencia con la industria, se está pasando claramente de lo que se ha llamado (sin ningún ánimo peyorativo) la *Little Science* a la *Big Science*¹².

Se nos dirá (y en gran medida es innegable) que d'Alembert permanece inscrito en una ciencia físico-matemática puramente teórica¹³ que, dentro de la dualidad heredada de Newton, está mucho más vinculada a los *Principia mathematica* (1687) que al programa más experimental de la *Óptica* (1704). Así, no consta que d'Alembert jamás hiciera efectivamente ningún experimento, a pesar de ser un conocido defensor de la vertiente empírica de la ciencia y de ser acusado de plagiar a Bacon en el *Discurso inicial* de la *Encyclopédie*¹⁴. También es cierto que se opone académicamente a las nuevas corrientes naturalistas representadas por ejemplo por Buffon, desconoce o valora poco la nueva ciencia biológica y de la vida (que tanto fascina a su amigo Diderot¹⁵) e incluso obvió a la naciente química¹⁶. Por ello, d'Alembert

¹² D. J. de Sollá Price, *Hacia una ciencia de la ciencia*, Barcelona, Ariel, 1973. Además, como apunta Barry Barnes (en *Sobre ciencia*, Barcelona, RBA Editores, 1995, p. 25): «Con la aparición del científico profesional nació una nueva *figura social*, de quien se esperaba que desarrollara y modificara el conocimiento existente, y se organizaba en torno a este objetivo una *institución social*, la ciencia».

¹³ En el artículo MÉTHODE (t. X, p. 460a-b), d'Alembert comienza hablando en singular de «método» puesto que sólo uno «est essentielle à toutes les sciences» y afirma que «est la même que celle des Mathématiciens», ya que «la méthode mathématique étoit celle de toutes les sciences, celle qui es naturelle à l'esprit humain, celle qui fait découvrir les vérités de tout genre». D'Alembert se mostró fiel a esta concepción estrictamente físico-matemática de la ciencia y del método en toda su obra, por ejemplo en su famoso *Tratado de dinámica* (1743), e incluso en ámbitos que reclamaban un muy elaborado trabajo empírico y experimental como la explicación de los vientos terrestres (*Reflexiones sobre la causa general de los vientos*, 1746-1747).

¹⁴ En esta línea, el *Discurso preliminar de la Enciclopedia* es el eslabón clave que une la práctica científica de d'Alembert con su filosofía del conocimiento, con su concepción del saber y, aún, con su defensa de un nuevo tipo de intelectual, la dignidad del cual defenderá siempre. De acuerdo con esta premisa, la estudiosa Véronique Le Ru (V. Le Ru, *Jean Le Rond d'Alembert philosophe*, Paris, Vrin, 1994) unifica la filosofía y la ciencia de d'Alembert a partir de su teoría del conocimiento y de la definición de unos primeros principios que deben ser autoevidentes pero no metafísicos. D'Alembert será clave para encauzar el desarrollo posterior de la ciencia lo más lejos posible de la metafísica y la teología (como ostentará su discípulo Laplace).

¹⁵ Que significativa e irónicamente lo utilizará como «interlocutor» en el famoso *Sueño de D'Alembert*, el cual Martine Groult recientemente ha mostrado en su relevancia para la concepción de la ciencia en esta época: «L'évolution de la philosophie de l'*Encyclopédie* au *Rêve de d'Alembert*», *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, 34 [En ligne], mis en ligne le 21 juin 2006, URL: <http://rde.revues.org/index158.html>.

¹⁶ En la *Encyclopédie* la química está todavía asociada a la alquimia (que es considerada una ciencia), la magia natural, la metalurgia y la tintura. Ello no debe sorprender pues la mayoría de los científicos de su momento (incluyendo al revolucionario Marat) fueron incapaces de intuir la revolución que provocarán las posteriores pero cercanas aportaciones de Lavoisier.

está más cerca de la física matemática que culmina, todavía en el XVII, con los *Principia* de Newton (es decir lo que se llama la primera revolución científica¹⁷), que de la segunda (que protagonizarán investigadores como Lavoisier o Coulomb).

Pero eso no quita que d'Alembert ejemplifica muy bien ese proceso de profesionalización de los científicos que, significativamente, avanza más en el modelo absolutista, centralista¹⁸, jerarquizado¹⁹ y autoritario²⁰ francés que en el

¹⁷ Si bien d'Alembert colaborará a que sus «discípulos» Laplace y Lagrange ofrezcan la completa síntesis físico-matemática del universo posible dentro del paradigma newtoniano.

¹⁸ La monarquías absolutistas (sobre todo la francesa) fomentan las altas academias intelectuales como un importante instrumento de control de la cultura. Es por ello que, en contra de lo que podría parecer, las grandes academias reales en el XVIII no tienen tanto que ver con la cosmopolita «república de las letras» (que depende más bien del disperso y autónomo «capitalismo de imprenta»), como con el creciente «nacionalismo de Estado». Las altas academias de las monarquías europeas son, durante todo el XVIII, más bien un mecanismo de nacionalización de la cultura que un acicate para el cosmopolitismo cultural.

¹⁹ «En vez del modelo igualitario y utópico de la “República de las ciencias”, [...] existía en concreto una estructura de investigación marcada por el principio jerárquico de la importancia y autoridad de cada uno de los centros. Una especie de pirámide que sancionaba, de hecho, la primacía y el prestigio de las grandes academias estatales» (V. Ferrone, «El hombre científico», cit., p. 209). Así, la muy bien establecida jerarquía francesa también se comunicaba con una naciente comunidad científica internacional que —en la segunda mitad del XVIII— estaba ya formada por alrededor de 150 academias o sociedades públicas y privadas. Esta concepción jerárquica de la tarea científica se advierte también en d'Alembert, pues por encima de los trabajos y aportaciones concretos, valora el papel estructurador y arquitectónico del gran científico teórico. Así dice en el artículo DÉCOUVERTE (vol. I, t. IV, p. 706a): «Les Sciences sont un grand édifice auquel plusieurs personnes travaillent de concert: les uns à la sueur de leur corps tirent la pierre de la carrière, d'autres la traînent avec effort jusqu'au pié du bâtiment, d'autres l'élevent à force de bras & de machines, mais l'architecte qui la met en oeuvre & en place, a tout le mérite de la construction».

²⁰ D'Alembert no se engaña sobre el autoritarismo jerarquizado del sistema francés de academias reales, como puede verse en la ambivalencia del elogio (*Essai sur la société des gens de lettres et les grands*, cit., vol. I, pp. 403s): «C'est d'après ce même principe de la dépendance prétendue où doivent être les Gens de Lettres, qu'on a vu s'établir dans quelques célèbres Académies l'esprit de despotisme qui y regne, & que, j'ose le dire, auroit été funeste aux progrès des Sciences, sans les talens supérieurs de plusieurs membres de ces Compagnies; car dans un État despotique les vertus de citoyen sont des vertus du dupe: mais il faut savoir être dupe quelquefois, & il se trouve toujours des gens assez bien nés pour l'être. Le Cardinal de Richelieu donna à l'Académie Francoise une forme plus simple & plus noble, mais aussi c'étoit le Cardinal de Richelieu. Il sentit, malgré le Système de despotisme dont il étoit rempli, & qu'il étendoit si loin, que la forme Démocratique étoit la seule convenable à un État tel que la république des Lettres que ni vit que de sa liberté; cet homme rare que connoissoit le prix des tales, voulut que dans l'Académie Francoise l'esprit marchât sur la même ligne à côté du rang & de la noblesse, & que tous les titres y cédassent à celui d'homme de Lettres. Il voulut que cette Académie fût presque entièrement composée des bons Ecrivains de la Nation, pour la décorer aux yeux des Sages; d'un petit nombre de

baconiano británico, menos dirigista, con importante pero menor intervención de la monarquía y más cercano a la sociedad civil. Los estudiosos coinciden actualmente en que el modelo británico dio magníficos frutos en el XVII y continúa dándolos durante el XVIII en el desarrollo técnico-industrial aplicado pero, en cambio, pierde terreno respecto al francés por lo que respecta a la gran investigación científico-teórica. Como dice Ferrone: «En el siglo XVIII, la *Royal Society* cedería el terreno a su hermana parisina, más joven, robustecida con las pensiones y privilegios otorgados por Luis XVI»²¹.

Basta con la lista de academias e instituciones científicas creadas por el absolutismo (especialmente alrededor de la Academia de ciencias, pero también del Jardín de Buffon, el observatorio de los Cassini o el Arsenal de Lavoisier)²² para evidenciar la enorme potencia del marco académico francés²³. Fue creado por los grandes ministros del absolutismo (Richelieu, Colbert, Mazarino) con planteamientos mercantilistas que, al igual que el cameralismo germánico, consideramos los más directos precedentes de las biopolíticas de los Estados modernos. Sólo dentro de este contexto surgirán los primeros ejemplos de tecnócratas (funcionarios formados a la vez en las necesidades del poder y del saber). Recordemos el controlador general Turgot, amigo

grands Seigneurs, pour la décorer aux yeux du peuple; que ces derniers vissent remplir seulement les places que les grands Ecrivains laisseroient vuides; qu'ainsi dans l'Académie Francoise les préjugés servissent à honorer le talent & non le talent à flatter les préjugés, & qu'on eût sur-tout l'attention d'en exclure ceux qui prétendant être à la fois grands Auteurs & grands Seigneurs, ne seroient ni l'un ni l'autre».

²¹ V. Ferrone, «El hombre científico», cit., p. 201.

²² Recordemos que siguen el modelo absolutista francés iniciado por Richelieu y Colbert con la *Académie française* (1635), la *Académie des inscriptions et belles lettres* y el precedente del *College de France* (creado explícitamente como alternativa a la Universidad de París). Así, en 1648, Mazarino impulsa la creación de la *Académie royale de peinture et de sculpture* y, en 1666, Colbert funda la *Académie Royale des Sciences*, que publicaba el muy influyente *Journal des savants* (1665) y elaboraba las *Descriptions des arts et des métiers* (que tan importantes serán para la *Encyclopédie*). Ésta subordinaba la *Société de Médecine* (1778 que dirigía la política sanitaria nacional en contraposición a los privilegios de la *Facultad de Medicina*), el *Observatorio* (1667, con científicos como Cassini y Lalande) y el *Jardin des Plantes* (dirigido por Buffon). También con estructura académica encontramos la *École Royal du Génie* en Meriers, la *Régie des Poudres, el laboratoire à l'Arsenal* (donde trabajaba el creador de la química moderna Lavoisier), la *École Royale des Ponts et Chaussées*, la *École des Mines* y toda la serie de sociedades provinciales.

²³ Significativamente, ese marco saldrá en el fondo rejuvenecido y potenciado del período revolucionario, a pesar de la clausura decretada por la Convención en 1793. No sólo Napoleón reinstauró las cuatro grandes academias clásicas, sino que además mantuvo las nuevas y potentes instituciones creadas por los revolucionarios: Instituto de Francia, Museo de historia natural, Museo del Louvre, Escuela normal y Escuela politécnica, el Conservatorio de música, el Conservatorio Nacional de Artes y Oficios de París y el Bureau de medidas. Todas estas instituciones tenían su sede en París, continuando la centralización absolutista y la fuerte jerarquización, aumentando además la profesionalización, la estrecha vinculación con el Estado y el encumbramiento de sus miembros.

influyente del grupo reformista moderado que liderarán d'Alembert y su discípulo Condorcet²⁴, con él –se dice– «llegó a su apogeo la figura del *savant* utilizado como tecnócrata y funcionario»²⁵.

A pesar de ser un radical defensor de la meritocracia del talento, d'Alembert es uno de los mejores ejemplos –como dice Ferrone– de

savant del Antiguo Régimen, es decir, un intelectual que, inserto orgánicamente en el aparato del Estado, aceptaba enteramente la lógica y los valores de una sociedad jerarquizada, prescriptiva, organizada en estamentos, linajes y cuerpos diferenciados por las dignidades, los honores y la omnipresencia del privilegio y el rango²⁶.

Es decir, alguien perteneciente a un «*corps savant* decidido a encontrar un lugar destacado, una identidad precisa y una legitimación plena entre los *corps de l'État*»²⁷. D'Alembert y el resto de *savants* no podían engañarse y tenían que ser conscientes de que era precisamente el

compromiso con el absolutismo y con su sistema de organización de la vida intelectual, basado en el *patronage*, [lo que] permitía, entre otras cosas, desarrollar hasta las últimas consecuencias las potencialidades del método científico y ampliar el número de protagonistas gracias a las financiaciones, pensiones y privilegios²⁸ otorgados por el soberano²⁹.

Jean Dhombres³⁰ destaca la coherencia del programa de trabajo y de la política de promoción dentro de las academias reales llevado a cabo por d'Alembert que actúa (a veces con dureza) como:

²⁴ Significativamente Condorcet realizó los efusivos «elogio» y «biografía» de Turgot.

²⁵ V. Ferrone, «El hombre científico», cit., p. 207.

²⁶ *Ibid.*, p. 202.

²⁷ *Ibid.*, p. 207. Seguramente por esa vinculación, convertida en profunda identificación y fidelidad, junto a la propia convicción a favor del desarrollo y la reforma, se puede explicar que prácticamente ningún *savant* (pese a que muchos tenían origen noble) se exilió durante la revolución. Actitud que algunos –como Condorcet, Lavoisier o Bailly– pagarán con la muerte. Creemos que éstas razones explican ese hecho que tanto sorprende a Guy Barthélemy (*Les savants sous la Révolution*, cit., p. 20): «Demeure un fait: pendant toute la Révolution, aucun savant n'a émigré, même parmi ceux d'extraction noble».

²⁸ D'Alembert acepta y elogia los privilegios académicos otorgados por la monarquía como un medio para dar al intelectual mayor libertad y dignidad. Al respecto es muy significativa la anécdota que explica en el *Essai sur la société des gens de lettres et les grands* (cit., vol I, p. 396): «Feu M. l'abbé de Saint-Pierre se privant autrefois en faveur de M. Varignon d'un portion considérable de sa fortune, lui disoit: *Je ne vous donne pas une pension, mais un contrat; parce que je ne veux pas que vous dépendiez de moi*».

²⁹ V. Ferrone, «El hombre científico», cit., p. 204.

³⁰ J. Dhombres, «De quelques attitudes de d'Alembert face a la science et a ses institutions» en AA.VV., *Jean d'Alembert, savant et philosophe*, cit., 1989.

un directeur, avec une vision claire des bonnes questions à poser dans l'investigation scientifiques. Ceux qui n'adhèrent pas à cette vision, soit par trop grande ambition du pouvoir effectif de la science, soit par le flou d'un langage non mathématisable, sont mis de coté et marginalisés. En ce sens, d'Alembert est un patron des Sciences.

Académico e institucionalizador de los enciclopedistas

Los ingleses han tenido mucho antes que nosotros, una Academia de Ciencias; pero no está tan bien regulada como la nuestra, y esto quizá por la única razón de que es más antigua; pues, si hubiese sido formada después de la Academia de París, hubiera adoptado de ella algunas sabias leyes y hubiera perfeccionado las otras. La Sociedad Real de Londres carece de dos de las cosas más necesarias para los hombres: las recompensas y las reglas. En París, para un geómetra o un químico, es una pequeña fortuna segura una plaza en la Academia³¹.

D'Alembert también es un «patrón de las ciencias» en tanto que académico, y significativamente, asume y desarrolla la tarea de legitimación de las nuevas ciencias (y también del nuevo «científico») iniciada por Fontenelle con sus famosos «elogios». Thomas L. Hankins³² destaca la vital necesidad de legitimación social por parte de las nuevas ciencias y precisamente en la medida que, cada vez más, reclaman su superioridad «objetiva» por estar explícitamente separadas de los valores éticos, políticos y morales (además de la filosofía, metafísica y religión). Ciertamente, pero también con alguna paradoja, esa necesaria legitimación social de las ciencias especializadas, profesionalizadas y casi positivizadas, se había de «ganar» literariamente, por ejemplo con el género de los «elogios» que d'Alembert asumirá con entusiasmo:

il était particulièrement important que l'homme de la science naturelle ait une place dans la structure de la société et qu'il ait aussi une justification morale de ses activités. Cette justification morale était nécessaire pour corroborer son nouveau statut professionnel. A partir de son poste à l'Académie, d'Alembert s'est servi de son savoir littéraire pour apporter de l'aide aux membres d'une profession scientifiques naissante³³.

Tanto «por», como «a pesar de», su bastardía, que en la Francia de mitad del XVIII era de todos conocida, pero también valorada socialmente –aunque pueda sorprendernos– d'Alembert tuvo muy pronto importantes contactos con

³¹ Voltaire, *Cartas filosóficas*, Madrid, Editora Nacional, 1976, p. 177.

³² T. L. Hankins, «Jean d'Alembert: homme de science», en AA.VV., *Jean d'Alembert, savant et philosophe*, cit, p. 203.

³³ *Ibid.*

el poder. Así, no tuvo especiales problemas para ser admitido en la escuela de gran prestigio «de las cuatro naciones», en selectos salones como el de su protectora Mme. Deffand y en las academias reales, además en un momento en que no era habitual el acceso del pueblo llano a ellas.

Después de que le fueran admitidas sus primeras publicaciones matemáticas³⁴, en 1742 D'Alembert ingresa a los 24 años en la Academia de las Ciencias de París como «asociado adjunto de astronomía». Sólo cinco años más tarde, en 1746, d'Alembert se convirtió en «asociado de geometría» en esa misma Academia de Ciencias y fue escogido por aclamación miembro de la Academia de Berlín.

Entonces la prometedora carrera académica de d'Alembert sufrió un relativo pero importante bloqueo por parte de Clairaut³⁵ y Euler³⁶, pero en parte gracias al apoyo de la marquesa de Deffand y su salón, fue elegido en 1754 miembro de la *Académie française*. Ese mismo año es nombrado miembro de la Accademia delle scienze di Bologna (con recomendación papal de Benedicto XIV³⁷) y, el año siguiente, de la Academia sueca; siéndole otorgada además por Luis XV una pensión de 500 libras³⁸.

³⁴ En 1739 envía a la Academia de Ciencias una *Mémoire sur le calcul intégral*, donde detectaba errores en la obra del padre Charles Reyneau *El análisis demostrado*. Esta y las *Investigaciones sobre la integración de las funciones racionales* y *Sobre la integración de ecuaciones diferenciales*, donde proponía nuevos métodos y nuevas posibilidades, fueron publicadas en las *Memorias de la Academia de ciencias de París*. Su mentor fue el también matemático Alexis Clairaut.

³⁵ Clairaut, llevado por su competencia con d'Alembert y aliado con Euler (entonces presidente de la Academia de Berlín), impide hasta su muerte en 1765 el ascenso de d'Alembert en la Academia de ciencias de París. D'Alembert sólo será nombrado miembro «pensionista» cuando ya tenía 47 años, estaba totalmente consagrado, tenía publicada casi toda su obra científica, matemática y filosófica, y era miembro reconocido de las más prestigiosas academias europeas.

³⁶ Se acepta generalizadamente que Euler no tenía rival en su tiempo por lo que respecta a la enorme elegancia matemática, simplicidad formal y acabado lógico-deductivo de sus formulaciones, pero en cambio parece que d'Alembert lo desplaza en la Academia de Berlín por el especial respeto, admiración y amistad que sentía por él Federico II de Prusia, el «rey filósofo» y déspota ilustrado por antonomasia. En 1763 d'Alembert renunciará a presidirla y, en 1766, propondrá para ello a su discípulo Lagrange que «En París tuvo la posibilidad de frecuentar importantes salones; se hizo amigo fiel de d'Alembert, con quien más tarde regentaría como gran patriarca todo el circuito de las academias europeas». V. Ferrone, «El hombre científico», cit., p. 217.

³⁷ Al respecto, el libro exhaustivo de Walter Tega, *Anatomie accademiche*, 2 vols, Bolonia, Il Mulino, 1986-1987.

³⁸ J. Dhombres («De quelques attitudes de d'Alembert...» cit., p. 168) lo valora así : «Fait rarissime, d'Alembert obtient en 1754 du ministre d'Argenson une pension annuelle de 500 livres, à titre de surnuméraire de l'Académie, pension acquise non par intrigue, mais par une sorte d'évidence reconnue de l'opinion publique et sans doute pour faire pièce aux libéralités enjôleuses de Frédéric II. D'Alembert libère donc son poste d'associé. Sa situation, pourtant, ne sera réglée que onze années plus tard quand il prendra le titre officiel de pensionnaire titulaire».

Como vemos es el período de su dedicación a la *Encyclopédie*, cuando además reinaba en el salón de su compañera Julie de Lespinasse, que se convertirá –destaca el estudioso Michel Paty– en el centro logístico que concentraba y administraba las infinitas tácticas, argumentaciones, alianzas, movimientos estratégicos e, incluso, confabulaciones que d’Alembert y su grupo de «filósofos» llevan a cabo para dirigir la penetración de las nuevas ideas ilustradas y de sus defensores en las grandes academias científicas o literarias de la monarquía. Nosotros valoramos esta labor estratégica de d’Alembert como decisiva para la expansión de una mentalidad propicia para las «biopolíticas» Estatales³⁹.

Por otra parte, en tanto que hombre de su tiempo y buen conocedor de las dinámicas de las instituciones reales, no tiene que sorprender, aunque en parte se base en material inédito quizás no del todo fiable, que John Pappas⁴⁰ considere que –en la tarea de consagrar su influencia e institucionalizar a los enciclopedistas– d’Alembert «n’hésitait pas à employer, dans la lutte, les mêmes méthodes d’Ancien Régime qu’il reprochait à ses adversaires, y compris la censure⁴¹, l’intimidation, et même les perquisitions à domicile par la police».

D’Alembert incluso puso en peligro su prestigio y reconocimiento internacional para defender ese espectacular ejemplo de «capitalismo de imprenta» o de «libre» «república de las letras»⁴² que es la *Encyclopédie*, la cual necesitaba urgentemente la «legitimidad» y «apoyos» que d’Alembert

³⁹ Para una visión global de la Ilustración (tanto francesa como sus otras versiones) y su vinculación con el desarrollo de la biopolítica y del capitalismo de imprenta véase Gonçal Mayos, *La Ilustración*, Barcelona, Editorial UOC, 2007.

⁴⁰ J. Pappas, «Idées reçues contre évidences: problèmes pour un biographe de d’Alembert» en M. Emery & P. Monzani (eds), *Jean d’Alembert*, cit., p. 86.

⁴¹ J. Dhombres («De quelques attitudes de d’Alembert... », cit., p. 171) destaca que la Académie des Sciences debía ejercer «censura», en un sentido menos peyorativo, para garantizar el rigor científico de las publicaciones. Por ello «lorsque cette censure disparut, après la suppression de l’Académie des Sciences et son remplacement par l’Institut, on put constater une floraison d’ouvrages mathématiques douteux...».

⁴² La eclosión del llamado «capitalismo de imprenta» fue clave sin duda para que aflorara la llamada «república de las letras», que d’Alembert saluda ditirámbicamente como «La nación libre e ilustrada de la gente de letras y sobre todo la nación libre de los filósofos». Más allá de la idealizada visión mítica, la «república de las letras» era por entonces muy variopinta pero también libérrima para lo que permitía la época. Pues generará en su entorno un nuevo tipo de intelectual que pretende y consigue vivir con creciente independencia de los tradicionales mecenas y «grandes» que habitualmente eran sus empleadores. El nuevo intelectual podrá creerse vinculado a una libérrima «república de las letras» precisamente porque va conquistando una relativamente mísera independencia económica en el nuevo «capitalismo de imprenta». Además, será precisamente su recién conquistada independencia económica, lo que le hará especialmente celoso de su independencia intelectual o moral. Además, cuando conquistará un cierto favor del público con sus obras, se sentirá legitimado para dirigirse personalmente a la opinión pública (de hecho inventando tal fenómeno) para defender sus ideas e ideales humanos.

había ido recabando a lo largo de su compleja carrera de matemático y científico, de académico y de personalidad con peso internacional, de filósofo renovador y de comprometido publicista. Hábilmente usa d'Alembert su conocida amistad con Federico II, el «ilustrado» rey de la potencia militar más importante del momento, o su creciente influencia en la política académica internacional. Las ofertas de Federico y de Catalina para que la bloqueada y prohibida *Encyclopédie* (en 1759) pudiera publicarse en sus reinos, fueron seguramente claves para que la monarquía francesa optara por un tácito permiso.

Más allá de defender públicamente la *Encyclopédie*, la dignidad del intelectual y los ideales ilustrados, d'Alembert será clave además para el reconocimiento en las cortes, las altas academias y la cultura «oficial»⁴³ de los enciclopedistas y del grupo de los «filósofos» franceses que lideraba con Voltaire. No fue una tarea fácil y, como constata d'Alembert en el *Préface* de 1759⁴⁴, ha tenido que introducir cambios y añadidos en la nueva edición del *Essai sur les Gens de Lettres* debido a

l'état présent de la République Littéraire, dont les membres dispersés & désunis, sont persécutés par ceux même qui auroient le plus d'intérêt à les défendre & à les protéger. Car quiconque est jaloux d'acquérir ou de conserver l'estime & la confiance publique, doit ménager les Ecrivains de sa nation.

Nunca pudo conseguir que se admitiera a Diderot, pero d'Alembert junto a un pequeño núcleo inicial de «filósofos», entre los que destacaba Voltaire, promociona a la Academia francesa en 1768 al famoso escritor Marmontel, al filósofo sensista Condillac (a quien también ayudó a ser admitido en la Academia de Berlín en 1752) y en 1774 al escritor Jean-Baptiste-Antoine Suard⁴⁵.

Además, mientras tanto, d'Alembert había conseguido establecer una hábil y productiva interrelación internacional con los nuevos talentos matemáticos. Así se declaran discípulos directos de d'Alembert los brillantes Condorcet (al que en 1769 hará elegir miembro de la Academia de ciencias y, en 1782, secretario perpetuo de l'Académie française⁴⁶), Lagrange (con quien se relaciona desde 1759, promocionándolo en 1766 a la dirección de la Academia de Berlín y facilitándole que –en 1787– se convierta en secretario perpetuo de la de ciencias de París) o, el joven y de familia muy humilde, Laplace (al que

⁴³ No hay que olvidar ni menospreciar que, habitualmente, ese reconocimiento intelectual comportó también importantes consecuencias «crematísticas».

⁴⁴ De los *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, 5 vols. Ámsterdam, Zacharier Chatelain & fils, 1767, vol. I, pp. j-ij.

⁴⁵ Después de un intento fallido en 1771.

⁴⁶ Al vencer una famosa y disputada elección contra el candidato de Buffon. Condorcet actuará como el amigo más íntimo e incluso una especie de secretario o heredero personal de d'Alembert.

ayuda a convertirse en profesor de matemáticas en la Escuela militar de París). Finalmente, en 1772, d'Alembert alcanzó la cima de su prestigio e influencia⁴⁷ al ser elegido secretario perpetuo de la Academia francesa.

Philosophe y científico publicista

En un mot, personne ne répond de nos articles que nous, & nous ne répondons que de nos articles: l'*Encyclopédie* est à cet égard dans le même cas que les Recueils de toutes nos Académies⁴⁸.

Franco Venturi⁴⁹ acierta cuando dice que d'Alembert es en gran medida «una creación» de la *Encyclopédie*, ya que fue ésta «lo que le llevó a la actividad filosófica y literaria». Ciertamente, hasta que fue contratado como director de la *Encyclopédie* y, sobre todo, hasta que tuvo que defenderla en primera línea de combate, d'Alembert era un experto físico-matemático, que se estaba abriendo camino en la jungla de las academias científicas monárquicas de la época, pero poco más. Defendiendo la *Encyclopédie* y enfrentándose a los ataques, va enriqueciéndose la figura poliédrica de d'Alembert (muchas veces en contra de su propia voluntad).

Entonces, no sólo aparece el d'Alembert filósofo y publicista⁵⁰, sino también el científico que publica autónomamente, para el público en general y no sólo para el círculo cerrado de los *savants*. Tres motivos de diferente importancia lo impulsan a ello, el primero es meramente académico y bastante común en dicho ámbito (el relativo pero importante bloqueo que padecía ya a finales de la década de 1740 ante Clairaut y Euler); pero los otros dos están

⁴⁷ Queremos prevenir en contra de la fácil tesis que sostiene que el legado académico de d'Alembert quedó pronto anulado por la Revolución francesa y la prohibición en 1793 de «todas las academias» reales del antiguo régimen. Pues, a pesar de los esfuerzos contrarios de Marat o de David, esa prohibición se llevó a cabo con la expresa voluntad de reconstrucción, con nuevas instituciones pero que continuaban y ampliaban la estructura anterior (por ejemplo en centralización, jerarquización y vinculación con el Estado). De tal manera que en la actualidad se ve más como una importante reconfiguración y revitalización que no un final o, incluso, una ruptura.

⁴⁸ *Advertissement* al vol. III de la *Encyclopédie*, cito por los *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, op. cit., vol. I, p. 295. En esta obra d'Alembert lo titula *Préface au troisième volume*.

⁴⁹ F. Venturi, *Los orígenes de la Enciclopedia*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 77.

⁵⁰ Si bien sólo a partir de su intervención en la *Encyclopédie* d'Alembert llegó a encarnar el ideal ilustrado de *savant-philosophe*, tiene razón Roland Mortier («La place de D'Alembert dans la littérature des 'lumière's'»), en AA.VV., *Jean d'Alembert, savant et philosophe*, cit, p. 18) en que: «il reste normal au XVIII^{ème} siècle d'associer étroitement littérature et science, sans discrimination *a priori* et sans complexe d'infériorité. Cette union de savoir et de l'écriture, des sciences naturelles et de la culture littéraire, de la mathématique et de la psychologie est peut-être l'aspect le plus remarquable, le plus suggestif, le plus significatif en tout cas de l'oeuvre» de d'Alembert.

directamente vinculados a su intervención en la *Encyclopédie*: los ácidos ataques que le llevaron a querer defender públicamente y con plena autonomía⁵¹ su figura e ideas, y su recién adquirido conocimiento de primera mano de las nuevas posibilidades del capitalismo de imprenta.

A consecuencia de todo ello, d'Alembert fue uno de los primeros matemáticos que decidió publicar sus obras conjuntamente y en una edición que, si bien no podía llegar al gran público, sí que intentaba superar la entonces muy reducida circulación de los escritos matemáticos y científicos. Siguiendo el modelo de la recopilación de sus *Misceláneas de literatura, de historia y de filosofía* (5 volúmenes publicados de 1753 hasta 1767), edita entre 1761⁵² y 1780 los ocho volúmenes de sus *Opuscules mathématiques*. Ello le convirtió seguramente en el científico vivo mejor editado de su tiempo; pues prácticamente publicó su obra completa en vida⁵³. La comparación con su amigo Diderot⁵⁴ es especialmente sangrante, pues d'Alembert no sólo había conseguido publicar y recopilar la gran mayoría de sus escritos literarios y filosóficos, sino también los científicos⁵⁵.

⁵¹ No olvidemos que ya muy pronto pensó en la posibilidad de abandonar la *Encyclopédie* y, por tanto, de hacer frente a los ataques personales que había recibido fuera del marco enciclopédico.

⁵² En los primeros volúmenes recoge obras publicadas o elaboradas con anterioridad.

⁵³ Naturalmente sin la correspondencia y muchos manuscritos no publicados, para calibrar con todo rigor hasta qué punto d'Alembert pudo editar el conjunto de su obra tendremos que esperar a que culmine la edición en curso de las *Oeuvres Complètes* de d'Alembert que publica el CNRS-Editions y que ya ha editado tres volúmenes. Las elabora el Groupe d'Alembert compuesto por una cincuentena de investigadores de gran prestigio, que tienen previsto que el total de la edición constará de cerca del centenar de volúmenes.

⁵⁴ Es curioso que sea precisamente el académico d'Alembert (que reivindica la ascética y tradicional vida teórica, contemplativa y retirada de los intelectuales «casi encerrados» en su gremio, bajo la consigna «libertad, verdad y pobreza») quien consiga publicar en vida prácticamente toda su obra escrita. En cambio Diderot, que es un auténtico conocedor del capitalismo de imprenta y avanzado en las nuevas posibilidades expresivas que éste permite, se ve obligado a dejar sin publicar gran parte de su obra más innovadora. Sorprendentemente saca más provecho de los nuevos mecanismos del capitalismo de imprenta d'Alembert que Diderot. El llamado «Diógenes decente», a pesar de ser dependiente del muchas veces frívolo mundo cortesano de las academias y los salones; vence en este aspecto al más burgués y próximo al modelo británico (p.e. Defoe o, incluso, John Toland) de un cierto nuevo tipo de intelectual que, por una parte es un «libre pensador» pero, por otra, es también un pequeño empresario o trabajador por cuenta propia que no renuncia a vivir cómodamente de su labor publicística.

⁵⁵ Aunque es cierto que por ejemplo Benjamin Franklin hará algo parecido un poco más tarde, incluso en los ámbitos literarios y filosóficos no era algo tan habitual como pudiera parecer. Y es significativo que el editor Panckoucke que había conseguido a buen precio los manuscritos y los derechos de editar las obras póstumas de Voltaire y Rousseau (se sabía ya, por ejemplo, que las *Confesiones* serían muy polémicas y un gran éxito), prefiriera venderlos para poder editar una nueva versión «metódica» de una *Encyclopédie*

Como vemos, a pesar de que el capitalismo de imprenta no será nunca el ámbito principal del académico y científico casi-profesionalizado que es d'Alembert, la experiencia enciclopedista le permite obtener una idea suficientemente clara de su funcionamiento y posibilidades, como para proyectar eficazmente su obra (incluso científica) al nuevo y creciente público lector. Sin duda, ello diferencia a d'Alembert de casi todos los matemáticos y científicos de su tiempo, y además le permite ganar una fama y relevancia entre las nuevas clases medias ilustradas como para encontrar en ellas una recepción que le facilita editar sus obras prescindiendo de financiación institucional o del mecenazgo de algún poderoso. Una vez más, superando cierta paradoja, la ambivalencia académica pero también publicística de d'Alembert le permite obtener beneficios en ambos campos.

Enlazando cultura elitista y popular

El relativamente oscuro personaje científico y académico que era d'Alembert antes de convertirse en editor de la *Encyclopédie*, será pronto un famoso publicista, que conseguirá –quizás mejor que nadie– integrar la vertiente de la ilustración vinculada a la alta cultura más oficial y la vinculada con la cultura de las emergentes clases medias. La propia *Encyclopédie* juega un importante papel en legitimar y expandir socialmente en las clases cultas las nuevas propuestas ilustradas y, con ello, es clave para renovar la alta cultura todavía básicamente cortesana y que amenazaba esclerotizarse⁵⁶. En el *Advertissement* del volumen III⁵⁷ dice d'Alembert significativamente:

Quelques Savans, il est vrai, semblables à ces Prêtres d'Egypte qui cachoient au reste a de la nation leurs subtiles mysteres, voudroient que les livres sussent uniquement à leur usage, & qu'on dérobat au peuple la plus foible lumiere, même dans les matieres les plus indifférentes; lumiere qu'on ne doit pourtant guerre lui envier, parce qu'il en a grand besoin, & qu'il n'est pas à craindre qu'elle devienne jamais bien vive. Nous croyons devoir penser autrement comme citoyens, & peut-être même comme gens de lettres.

No hay que olvidar que el alto precio de los volúmenes de la *Encyclopédie* limitaban mucho sus destinatarios a las clases más pudientes. En principio tenía toda la razón Voltaire, cuando en una famosa carta a d'Alembert del 5 de julio de 1766, se mostraba escéptico de que, a ese precio, la obra pudiera tener

ciertamente ya bastante explotada. Al respecto véase R. Darnton, *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*, México, FCE, 2006.

⁵⁶ Remitimos al muy interesante número coordinado por F. Guénard, F. Markovits y M. Spallanzani dedicado a «*L'ordre des renvois dans l'Encyclopédie*», en *Corpus. Revue de philosophie*, 51, 2006.

⁵⁷ *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, op. cit., vol. I, pp. 275s.

realmente una recepción y un impacto político decisivo: «En ningún caso harán una revolución veinte volúmenes in-folio; lo que hay que temer son los pequeños libros portativos a treinta céntimos. Si el evangelio hubiese constado mil doscientos sesteracios la religión cristiana no hubiese triunfado jamás»⁵⁸.

Pero la obra relativamente elitista que –en sus inicios– era la *Encyclopédie* jugó un importante papel de renovación de la cultura oficial desde las emergentes clases medias. Además las sucesivas y más baratas ediciones de la *Encyclopédie* (como Robert Darnton recoge) ampliaron notablemente su recepción social. Por otra parte, quizás aún más importante, incluso las clases medias populares que, difícilmente pudieron comprarla e incluso consultarla, sabían que la *Encyclopédie* existía, que había sido posible y que –según se decía– anunciaba un nuevo mundo que las favorecía. De esta manera, la *Encyclopédie* devino a la vez un excelente negocio económico y un enorme éxito cultural, social y político. D'Alembert fue clave para esa feliz combinación, al poner su prestigio académico y su reconocimiento en la «alta» cultura «oficial» al servicio y defensa de la dignidad de la ilustración de las cada vez más potentes clases medias. Así somete la *Encyclopédie* a la valoración en primer lugar de las clases alfabetizadas, sin distinción de rango o sangre: «Voilà le point d'où il faut partir pour apprécier un ouvrage de l'espece de celui-ci: voilà sur quoi doit prononcer le *Public qui lit, & qui pense*»⁵⁹.

Pues no olvidemos que la defensa de d'Alembert de la legitimidad, libertad y dignidad intelectual de la *Encyclopédie*, no sólo legitimaban ese macro proyecto editorial, sino el conjunto de los portavoces de las nuevas ideas ilustradas –muchos de ellos nacidos fuera de los círculos nobiliarios y marginados de la cultura «oficial»–. Precisamente por ser quien era, defendiendo el proyecto enciclopedista, la libertad y dignidad de los intelectuales y la importancia del talento, d'Alembert lleva a cabo una tarea de gran importancia que tiende a unir la cultura oficial y la de las clases medias, y a legitimar la segunda desde la primera.

Savant y philosophe, juntos, en la defensa de la Encyclopédie

Incapables de manquer à notre patrie, qui es le seul objet dont l'expérience & le réflexions no nous aient pas détachés, rassurés sur-tout par la confiance du Ministère public dans ceux qui sont chargés de veiller à ce Dictionnaire, (...) nous pouvions engager tous les Gens de Lettres à contribuer à la perfection de cet Ouvrage, la nation à le protéger, & les autres à le laisser faire!⁶⁰

⁵⁸ Citado en Voltaire, *Diccionario Filosófico*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1995, p. 283.

⁵⁹ *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, cit., vol. I, p. 292.

⁶⁰ *Advertissement* vol. III, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, op. cit., vol. I, pp. 261s.

Por ello, un tanto paradójicamente, el científico académico y amigo de algunos «déspotas ilustrados» d'Alembert, se convertirá en quizás el más unánimemente reconocido embajador (con su amigo Voltaire) de los ideales ilustrados y de la dignidad de los librepensadores en el mundo «oficial» de la alta cultura, las cortes, las academias y el poder monárquico. Pese a sus «oscilaciones» durante las batallas sobre la *Encyclopédie*, a la que —como veremos— defendió más eficazmente de lo que se suele creer, el «Diógenes decente»⁶¹ d'Alembert se convirtió en seguramente el común denominador más legitimado, creíble, aceptado y mejor valorado⁶² por el conjunto de los enciclopedistas y de los ilustrados (que, como se sabe, no estaban tan unidos como sería deseable). Ello merece alguna explicación, así como sobre el motivo de las «oscilaciones» de d'Alembert.

En primer lugar, Jean le Rond aporta a la defensa de la *Encyclopédie* su tranquilizadora y legitimadora figura de científico riguroso, además vinculado a fieles academias monárquicas y de alto origen aristocrático aunque bastardo, miembro reconocido de algunos de los salones más famosos de París⁶³ y, hasta ese momento, sin vinculación alguna con proyectos susceptibles de ser subversivos. Por contra, el plebeyo Diderot todavía era un advenedizo en los círculos elitistas de París. Provenía de provincias, acababa de cumplir prisión por su *Carta sobre los ciegos para uso de los que pueden ver* y era definido como «extremadamente peligroso» en su ficha policial. Conscientes de ello, es sabido que los dos grandes editores de la *Encyclopédie* se distribuyen claramente los papeles en la defensa de ésta.

Así como Diderot asume el cuerpo a cuerpo más virulento y ácido, d'Alembert tiende a adoptar una actitud *au dessus de la mêlé* y dirige sus argumentos a los estamentos y ministros monárquicos (especialmente los moderados o susceptibles de ser llevados a benevolencia para con el enciclopedismo). Además, d'Alembert se centraba en contestar las críticas formuladas desde el mundo académico, universitario y de revistas eruditas

⁶¹ Es conocida la opinión de d'Alembert («Sur les gens de lettres...» en *Mélanges de littérature...*, cit., vol. I, pp. 275s. I, 399s) que «LIBERTÉ, VÉRITÉ, & PAUVRETÉ, (car quand on craint cette dernière, on est bien loin des deux autres) voilà trois mots que les Gens de Lettres devoient toujours avoir devant les yeux, comme les Souverains celui de POSTÉRITÉ. [...] je ne prétends pas qu'ils soient obligés d'être indigens, comme ils le sont d'être vrais & libres, [...] je dis seulement qu'ils ne doivent pas la redouter».

⁶² Claramente por encima de un Diderot, cuyo efectivo liderazgo en la *Encyclopédie* no pudo extenderse al conjunto del movimiento ilustrado.

⁶³ Recordemos (como estudió Habermas) que los salones colaboraran al nuevo fenómeno de la «esfera pública», formada por personas privadas que se reconocen mutuamente como miembros activos de la sociedad, las opiniones de los cuales deben ser tenidas en cuenta, y hacen uso público de su razón, con creciente libertad y reduciendo la importancia otorgada a la condición social de los diversos interlocutores. Además, en los salones, se fomentaba la lectura (tanto en voz alta para el grupo, como la silenciosa en privado) y la circulación de los manuscritos, panfletos, libros... y las ideas que éstos transmitían.

como el poderoso *Journal des Savants* y era autor de los interesantes *Advertissements* que iniciaban los volúmenes editados durante su dirección (el del volumen V, por ejemplo, es un significativo elogio de Montesquieu). Por ello d'Alembert encarna perfectamente la relación –sumisa pero sincera y valiente– que según él deben guardar los *savants* frente a sus protectores con

le courage de leur dire ce que disoient a Colbert quelques Négocians qu'il instruisoit, *laissez-nous faire* ; ce Colbert, assez grand homme pour ne parler que de ce qu'il entendoit, & pour donner sur le commerce des avis utiles, l'étoit assez en même tems pou trouver bon que des gens plus éclairés que lui s'en tinsent à leurs propres lumieres⁶⁴.

En cambio, Diderot daba respuesta a las más peligrosas cuestiones religiosas y políticas, haciendo frente tanto al conservador partido de la corte como a los jansenistas y jesuitas (que se mostraban muy críticos especialmente a través del famoso *Journal de Trévoux* y que, además, también estaban elaborando su propio diccionario).

En sus argumentaciones para la corte y los ministros reformistas, d'Alembert trata de convencerles no sólo de una vaga e indiscriminada necesidad de tolerancia, sino especialmente de las aportaciones positivas para el Estado del proyecto enciclopedista. Más allá del obligado estilo obsequioso que se estilaba en las relaciones con la monarquía y sus ministros, hay momentos en los que d'Alembert adopta el tono de un fiel servidor del Estado que solicita a otros fieles servidores de rango superior que no impidan o, incluso, que defiendan la *Encyclopédie*, ya que ésta es de inmenso valor para el futuro de Francia.

Así, por ejemplo, siguiendo la línea principal de defensa marcada por d'Alembert, el habitualmente díscolo, sarcástico e irreverente Voltaire se cubre de una «piel de oveja» cuando procura desvincular el proyecto ilustrado de toda interpretación política o religiosa radical. Entonces insiste en presentar, definir y reducir la *Encyclopédie* a un «libro aprobado, provisto de un privilegio del rey, un libro útil al mundo entero y que honra a la nación». El argumento central de esa defensa es claro: la *Encyclopédie* es una obra nacida también en el seno del establishment político, al que sirve tan eficaz como moderadamente, recogiendo unánimes honores del conjunto de la humanidad.

Como podemos ver, el tópico cosmopoliticismo abstracto (preocupación por la humanidad en conjunto) queda muy equilibrado con un creciente nacionalismo cultural pensado en términos que luego llamaremos «biopolíticos»⁶⁵. D'Alembert parece intuir ya el papel que podría jugar la *Encyclopédie* dentro de la nacionalización y fomento de la cultura llevados a cabo por los Estados absolutistas (por ejemplo con sus altas academias de las

⁶⁴ «Sur les gens de lettres...», cit., vol. I, p. 391.

⁶⁵ Y que anticipan lo que más tarde (por ejemplo a partir del ministerio de Malraux) se considera un «Estado cultural».

que era miembro). Quizás fue el único o uno de los pocos que pudo concebir esa vertiente del proyecto enciclopedista, además bastantes décadas antes de que esas concepciones y estrategias biopolíticas impregnaran las elites en el poder.

Sistemáticamente, d'Alembert incluye la *Encyclopédie* entre los proyectos de fomento del país. No duda en hablar de enriquecimiento nacional, al lado de ilustración o educación; incluso apunta a posibles aportaciones en la mejora de la producción «nacional» y de su competitividad internacional⁶⁶. A veces incluso parece anticipar los discursos reformistas, regeneradores y biopolíticos *avant la lettre* de futuros ministros clave como Turgot⁶⁷ o Necker.

¿Una componenda final d'alembertiana?

Ciertamente, era ingenuo pensar que el discurso moderadamente reformador y biopolítico, aunque claramente fiel a la monarquía, pudiera suavizar la oposición frontal a la *Encyclopédie* del muy poderoso y retrógrado partido de la corte; pero no era mala estrategia para los ministros más moderados y conscientes⁶⁸ de las nuevas necesidades financieras, productivas y culturales de Francia. Seguramente, en la enconada batalla que se había desatado, d'Alembert tenía pocos receptores para su discurso voluntariamente sumiso, nacionalista y biopolítico:

Nous les conjurons de nouveau de se réunir avec nous pour l'exécution d'un Ouvrage, dont nous voudrions faire celui de la Nation, & auquel notre désintéressement & notre zele doivent rendre tous les honnêtes gens favorables. [...] Nous ne penserons plus maintenant qu'à ébaucher dans la retraite & dans le silence de monument à la gloire de la France & des Lettres. [...] La déclaration expresse que nous faisons de ne répondre de rien, l'injustice qu'il y auroit à l'exiger de nous, sur-tout après les mesures que le Gouvernement a prises pour nous en décharger, la résolution où nous sommes de chercher la récompense de notre travail dans notre travail même⁶⁹.

⁶⁶ Más allá de los tópicos de tolerancia, libertad de pensamiento, ilustración y educación, también invoca el enriquecimiento del potencial «nacional» y la mejora de la vida del pueblo.

⁶⁷ Véase nuestra traducción y estudio preliminar de A-R J. Turgot, *Discursos sobre el progreso humano*, Madrid, Tecnos, 1991.

⁶⁸ En un primer momento, la *Encyclopédie* recibe importantes apoyos de la corte como la propia favorita de Luis XV Mme. Pompadour y otras personalidades que coincidían en recelar de los jesuitas (cuyos colegios fueron cerrados y la Compañía prohibida en 1762).

⁶⁹ D'Alembert, *Advertissement* III en *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, cit. vol. I, pp. 316s.

Pero también es claramente ingenuo basar la defensa de la *Encyclopédie* o justificar que finalmente pudiera concluirse sobre la base de los argumentos tradicionales y la tónica de la Ilustración:

le but d'une *Encyclopédie* est de rassembler les connoissances éparses sur la surface de la terre, d'en exposer le système général aux hommes avec qui nous vivons, & de le transmettre aux hommes qui viendront après nous; afin que les travaux des siècles passés n'aient pas été des travaux inutiles pour les siècles qui succéderont; que nos neveux, devenant plus instruits, deviennent en même temps plus vertueux & plus heureux, & que nous ne mourions pas sans avoir bien mérité du genre humain⁷⁰.

Después de tantísimas batallas, acusaciones, disputas y bloqueos, y ciertamente ya sin la intervención directa de d'Alembert, la *Encyclopédie* podrá terminarse por la mínima complicidad o tolerancia de esos mismos sectores a los que estaban destinados especialmente los argumentos de d'Alembert. Philipp Blom, por ejemplo, destaca el apoyo silencioso (incluso muchas veces vergonzante) de ministros de Luis XV como el canciller d'Aguesseau o el ministro de la guerra d'Argenson. Finalmente se interiorizó, no sólo que el movimiento enciclopédico había devenido demasiado famoso e importante como para ser prohibido sin más, sino también que dicha prohibición reportaría más inconvenientes que ventajas a la monarquía (incluyendo los impuestos resultantes de la riqueza generada directa e indirectamente).

La versión calculadamente edulcorada del proyecto enciclopedista como una fiel y en absoluto peligrosa herramienta de fomento del país, que defendía d'Alembert no debe interpretarse como una cínica estrategia que nada tenía que ver con las verdaderas motivaciones. Especialmente por lo que respecta a d'Alembert, creemos que se trataba de un planteamiento sincero⁷¹ (aunque no excluye otros aspectos más críticos, reformistas y con potencialidad subversiva). Ello explica la muy constatada angustia que d'Alembert siente durante los más duros ataques en contra de la *Encyclopédie*. Se ha destacado, su queja al no poder dedicarse suficientemente a su trabajo intelectual; pero nosotros consideramos aún más decisiva la percepción de d'Alembert de estar escindido entre dos fidelidades que –contra su voluntad– amenazaban ser

⁷⁰ Diderot, voz ENCYCLOPÉDIE, t. V, p. 635a.

⁷¹ Incluyendo su fidelidad ante un poder que siente que no defiende la *Encyclopédie* como merece: (*Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, op. cit., vol. I, pp. 303s) «Mais en attendant que nous puissions entrer dans ce détail, nous laisserons la critique dire tout le bien & tout le mal qu'elle voudra de nous; ou s'il nous arrive quelquefois de la relever, ce sera rarement, en peu de mots, dans le corps même de l'ouvrage, [...] On attendoit cette démarche de leur discernement, & sur-tout de l'équité d'un Magistrat, (nota u: M. de Lamoignon de Malesherbes, qui présidoit alors à la Librairie & au Journal des Savans), amie de l'ordre & des gens de Lettres [...] qui par l'appui qu'il leur accorde, montre qu'il sait parfaitement discerner les limites de la liberté & de la licence».

peligrosamente incompatibles: por una parte, el proyecto enciclopedista, en el que cree profundamente, y, por otra, la fidelidad al Estado bajo cuya protección ha desarrollado toda su trayectoria científica.

Por las tensiones en esa escisión, que evidentemente no sentía ni podía entender demasiado Diderot, d'Alembert muestra una clara pero comprensible oscilación. A veces clama indignadamente a Malesherbes⁷² que haga callar a los críticos, saltándose las proclamas de tolerancia y libertad de expresión – como le recuerda éste y nos explica en sus *Mémoires* Morellet, que actuó de intermediario entre ellos–. No sin cierta razón, d'Alembert argumentaba que las críticas a la *Encyclopédie* («un ouvrage qui paroisoit mériter quelques égards & quelque appui»⁷³) no eran precisamente sesudas y reflexivas críticas filosóficas, sino ataques intolerantes destinados a impedir una obra clave para Francia y la humanidad, y que muchas de ellas no habían sido publicadas en libelos anónimos (ciertamente incontrolables) sino en obras «distribués publiquement (& ouvertement protégés)»⁷⁴. Es por ello que d'Alembert consideraba que debían ser prohibidas por «un gouvernement, ami de la vérité, et qui vouloit favoriser les progrès des connoissances»⁷⁵.

En función del nivel de tensión en que se veía sometido en sus encontradas fidelidades, pero siempre sorprendiendo a propios y extraños, d'Alembert amenazaba con llevarse la edición de la *Encyclopédie* a suelo extranjero, sugería parar en seco el proyecto, disminuía drásticamente su participación personal o, aún más desesperadamente, dimitía. Esto último no debe sorprender en especial, pues es coherente con su famosa divisa del *Essai sur les gens...* donde, significativamente después de elogiar a Luis XIV, dice:

le propre de la vraie Philosophie est de ne forcer aucune barriere, mais d'attendre que les barrieres s'ouvrent devant elle, ou de se détourner quand elles no s'ouvrent pas. Les connoissances même qu'elle n'avoit pont produites, & les esprits le moins faits pour elle, n'ont pas laissé d'en profiter⁷⁶.

⁷² Director de la Biblioteca real y encargado de la censura y vigilancia para que las publicaciones no atentasen contra el Estado monárquico ni contra la religión. Abuelo de Tocqueville, significativamente Malesherbes será el defensor de Luis XVI ante la Convención. Robert Darnton (en *Los best sellers prohibidos en Francia durante la Revolución*, Buenos Aires, FCE, 2008) afirma que Malesherbes, siguiendo una tendencia surgida de la dificultad de simplemente controlar el creciente número de libros y sus canales de circulación, caminaba ya hacia una concepción y actuación del poder censor más en la línea de la gubernamentalidad que no la simple prohibición.

⁷³ En la nota final de d'Alembert al *Advertissement* del vol III, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, cit., vol. I, p. 320.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ Según afirma André Morellet (que había mediado entre d'Alembert y Malesherbes) en *Mémoires inédits sur le dix-huitième siècle et sur la révolution* citado por John Pappas, «Idées reçues contre évidences...», cit., p. 91.

⁷⁶ *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, cit., vol. I, p. 330.

Además d'Alembert no fue el único en abandonar la *Encyclopédie*. Aunque sin duda su papel en ésta era de otro orden muy distinto, es significativo que también se retirara apresuradamente, por ejemplo, el fisiócrata Quesnay, pues ambos lo hicieron muy influidos por su vinculación con la monarquía y sus instituciones. El estoico d'Alembert aplica en estos casos su convicción de que (*Essai sur la société des gens de lettres et les grands*, op. cit., vol. I, p. 407) «les Ecrivains, les Philosophes, les Artistes célèbres, trouveront d'ailleurs dans l'estime de leur nation un prix assez flatteur pour attendre patiemment d'autres récompenses, ou pour faire rougir ceux que les en priveroient».

Incluso, cansado de estar entre dos fuegos cruzados y personalmente escindido en sus fidelidades, llega un momento en que d'Alembert (a pesar de haber clamado numantivamente contra el error de la monarquía al oponerse al proyecto enciclopédico) contempla incluso cerrar la *Encyclopédie* sin más⁷⁷. Más allá que d'Alembert tenía más que perder con su cerrada defensa de la *Encyclopédie* que Diderot, es obvio que —como es lógico— éste último no tiene ninguna duda sobre su fidelidad principal⁷⁸. A diferencia de Diderot y al estar mucho más implicado con el mundo cortesano y monárquico, d'Alembert se vio sometido a esas importantes tensiones en todas y cada una de las ocasiones en que la *Encyclopédie* parecía perder el apoyo de las autoridades o, incluso, entrar en conflicto con ellas. Ésta era la causa de la angustia de d'Alembert y no los ataques, por bárbaros y fanáticos que fueran⁷⁹.

Es evidente la muy distinta perspectiva de d'Alembert y Diderot en la común defensa de la *Encyclopédie*. Diderot no concibió ni pudo usar nunca la estrategia de d'Alembert, que se parapetaba bajo su imagen de famoso

⁷⁷ Podemos interpretar la evolución de la actitud de d'Alembert respecto la *Encyclopédie* como un claro ejemplo de lo que Wolf Lepenies en *¿Qué es un intelectual europeo? Los intelectuales y la política del espíritu en la Historia europea* (Barcelona, Círculo de Lectores, 2008) considera el dilema característico del intelectual europeo. Éste, como d'Alembert, está atrapado en una doble frustración que le lleva o bien a la melancolía, o bien a la utopía. Y muchas veces a ambas pero en fases sucesivas. En el caso de d'Alembert, ha dejado la olímpica neutralidad que muchas veces caracteriza al científico, para devenir el típico intelectual con un claro y querido proyecto de mejora social, una utopía en el mejor de los sentidos. No obstante, la distancia con la cruda realidad (tanto al chocar con los adversarios, como por la insatisfacción en la evolución de propio proyecto) le llevará a opciones progresivamente melancólicas y de dolorido retiro respecto de las preocupaciones «abstractas e ideales» (según la ejemplificación del famoso grabado de Durero sobre la melancolía).

⁷⁸ No sólo porque toda la trayectoria intelectual de Diderot se hace básicamente fuera y en contra del establishment político, sino también porque no tenía una «sólida y virtuosa» imagen pública como d'Alembert.

⁷⁹ Es sabido que ello sucedió pronto, con la detención de Diderot en 1749 y con el decreto real que bloquea la edición de la *Encyclopédie* en 1752 y prohíbe los dos volúmenes ya distribuidos. Además, el enciclopedista Abad de Prades que había defendido con éxito una tesis de teología en la Sorbona ve como, con posterioridad, su tesis será censurada y quemada públicamente, debiendo exiliarse. Ante ello, todo el grupo enciclopedista reacciona y da soporte público al proyecto editorial y al abad de Prades.

científico y casi funcionario real. Diderot era por entonces un publicista alejado de la corte, «peligrosamente» vinculado a la disidencia pública e inmerso en un pululante «capitalismo de imprenta» que necesariamente solía bordear la polémica e, incluso, la ilegalidad.

Por ello y visto con distancia, al menos en un primer momento, a d'Alembert le salió sorprendentemente bien ese tipo de defensa de la *Encyclopédie*, la cual ganó así una cierta legitimidad suplementaria, a la que no podría aspirar ninguna mera iniciativa editorial privada y comercial. No hay que minusvalorar la posibilidad de que gran parte del público y de los suscriptores asumieran, sin negar sus aspectos cultural y políticamente renovadores, esa visión de la *Encyclopédie* como un magno proyecto de prestigio social que engrandecía a Francia y que, por tanto dentro del marco de un incipiente «despotismo ilustrado», merecía contar con algunas complicidades incluso dentro de la corte y en los ministros monárquicos.

Sabemos que la táctica tuvo sus limitaciones y la continuidad de la *Encyclopédie* pareció imposible por momentos, y una de sus víctimas, fue d'Alembert. Pero no olvidemos que finalmente la componenda que permitió concluir la edición, se formuló en los términos prefigurados por d'Alembert. Fue más complicado y ya sin d'Alembert, pero se cumplió lo que éste había dicho en el *Préface* del volumen III:

L'Empressement que l'on ha témoigné pour la continuation de ce Dictionnaire, est le seul motif que ait pu nous déterminer à reprendre notre travail. Le Gouvernement a paru desirer qu'une entreprise de cette nature ne fût point abandonnée; & la Nation a usé du droit qu'elle avoit de l'exiger de nous⁸⁰.

Ciertamente, como desarrollaremos en otra ocasión, se produjo de una forma vergonzante e insatisfactoria para todos (incluyendo al propio Diderot), como un pacto no escrito donde *malgré lui* los editores aceptaron una cierta tutela y censura monárquica⁸¹, mientras que el Estado –también *malgré lui*– aceptó la *Encyclopédie* como un proyecto «nacional». Así, la *Encyclopédie de Diderot y d'Alembert* terminó siendo la *Encyclopédie française*.

⁸⁰ *Advertissement* del vol III, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, cit., vol. I, p. 250.

⁸¹ Ya anterior e implícitamente aceptado por d'Alembert en el fragmento citado (*Advertissement* del vol III, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, cit., vol. I, pp. 316s).